

## 2. LAS MUJERES HABLAN DE SER MUJER EN EL MEDIO RURAL

La construcción de las identidades sociales se establece en un marco de valoraciones del grupo de pertenencia y de comparaciones con los grupos socialmente dominantes que sirven de referencia (Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996; Ovejero, 2000; Tajfel, 1984; entre otros/as). En este caso, estamos analizando las relaciones comparativas que se han establecido entre mujeres rurales y urbanas. Las representaciones de la ruralidad se vienen transformando, a la par que la propia realidad social y económica del medio rural, y las mujeres van construyendo nuevos papeles sociales y profesionales relacionados con las nuevas funciones de conservación medioambiental y de calidad de vida en las sociedades posmodernas. Para comprender las motivaciones que llevaron a tantas mujeres a marcharse a las ciudades, hemos procurado reconstruir el mosaico de las representaciones sociales sobre las mujeres rurales y urbanas y las valoraciones de los estilos de vida de unas y otras, desde la perspectiva de las mujeres que viven en la Montaña Palentina. La interacción con las mujeres que se marcharon ha sido permanente en las familias y en los pueblos de esta comarca, y las comparaciones son inevitables. Así, hemos procurado analizar las comparaciones intergrupales, a través de las narrativas sobre ese proceso de convivencia, y de las transformaciones en los papeles sociales y laborales de las mujeres a partir de las nuevas funciones del medio rural.

### 2.1. Representaciones sociales de las mujeres rurales

Las representaciones sociales construidas en torno a las mujeres rurales están muy vinculadas al papel tradicional de género, cuidado de la casa y de la familia como destino femenino, y, a la vez, a las representaciones de lo agrario, como una vida de sacrificio y trabajo duro. Según Harding (1996), la identidad de género es el conjunto de dimensiones de la identidad personal que se desarrollan a partir de la socialización diferenciada en un modelo de hombre o mujer, construidos socialmente en un contexto cultural e histórico, procurando la perpetuación de dicho modelo. Pensamos que la huida del medio rural de

las mujeres, además de estar marcada por las representaciones sociales de la ruralidad, también responde a los intentos de romper con los papeles tradicionales de género en los contextos rurales, con una percepción de posibles modelos diferentes de género asociados a la vida urbana.

Seguramente, si investigásemos sobre las representaciones sociales de género en los contextos urbanos, los contenidos no estarían muy alejados de las representaciones que aquí se adjudican a las mujeres rurales, asociadas a los papeles tradicionales femeninos y a las identidades encontradas. Sin embargo, para las mujeres rurales, las referencias de comparación con las mujeres urbanas se construyen sobre la base de los **contrastes** y a partir de una fuerte **idealización de lo ajeno**. Las entrevistadas manifiestan la existencia de un antes y un ahora, con cambios importantes en la evolución de la situación social de la mujer; sin embargo, siguen percibiendo menos posibilidades en el medio rural para que las mujeres se liberen de las tipificaciones de género, siendo que las representaciones de las ciudades aparecen nuevamente asociadas a la ‘tierra de posibilidades’.

- “Me parece que muy marginadas las mujeres rurales... Éramos menos nosotras, las de ciudad vivían mejor y nosotras menos, hasta hace unos 20 años, que ya has visto que... Muchas veces, me lo dice mi hermana (que vive en Valladolid), que cómo aguantáis en un pueblo, que ¡qué vida tenéis!... Pero a lo mejor, vida la puedes tener aquí, en un metro cuadrado, porque aunque haya muchos escaparates, tú vives mejor, porque si no te gusta comprar, ni ir fuera... Pero es que ahora se ha repartido más todo, pero antes los pueblos no... y las mujeres menos...” (AC4)
- “Pues creo que la mujer ya no se diferencia tampoco, con la forma de pensar, una mujer de la ciudad y una mujer rural. Creo que ya no, antes sí, pero ahora no... **Es que una mujer que se quedaba en el medio rural: ¡apaga y vámonos!** Lo que se relacionaba con el entorno, que era muy poco, porque ha ido a menos, a menos, a menos... y prácticamente, en algunos pueblos no quedan mujeres. En pueblos pequeñitos, la mayoría son hombres.” (AC5)

Podemos observar que las participantes, principalmente las amas de casa, identifican los cambios significativos en la situación de las mujeres rurales con una percepción de mayor equiparación entre las condiciones de vida en las ciudades y en los pueblos. Se pone de manifiesto una percepción de infravaloración de las mujeres que se quedaban en los pueblos, que estaban sometidas a una fuerte “marginación” (AC4). En el discurso del ama de casa (AC4), cabe destacar la presión de las mujeres que se marcharon a la ciudad, en este caso, la hermana, despreciando la vida en el pueblo y obligando, a la que se queda, a elaborar justificaciones, excusándose por no haberse marchado.

La expresión que utiliza AC5: “... **Es que una mujer que se quedaba en el medio rural: ¡apaga y vámonos!**”, muestra una representación muy extendida de las pocas posibilidades de desarrollo que se percibían para las mujeres, como si tuviesen un solo destino quedándose en el medio rural, y que éste no era deseable.

En el grupo de discusión de amas de casa quedó patente que todas han querido marchar a la ciudad, algunas lo lograron y retornaron, y otras no les dejaron marchar. Pero todas han aspirado a vivir en la ciudad.

- “A mí no me dejaron marchar, tenía aquí bastante, con mi madre enferma... Mi hermano sí se marchó a Valladolid, con 18 años fue voluntario a la mili y allí se quedó, venía los veranos.” (GA1)
- “A Madrid tuve yo probabilidad de ir a casa de unos parientes, pero no me dejó mi padre. Yo quería ir, pero mi padre decía que mientras tuviera cinco dedos en cada mano que yo no marchaba a ningún sitio Yo, en aquellos años, sí quería marchar.” (GA2)
- “Veías marchar a las otras y tú también querías y...” (GA4)

Otras entrevistadas, principalmente entre las más jóvenes, cuestionan la mejora real en la situación de las mujeres rurales, destacando un mayor aislamiento de las mujeres como consecuencia del despoblamiento, y que éstas siguen asumiendo, mayoritariamente, las tareas domésticas y de cuidado de las personas dependientes.

- “La vida de la mujer rural siempre ha sido muy dura y sigue siendo muy dura. Porque, si no es por el coche, es para morir. Sola en tu casa, con los hijos, sin ver a nadie, sin ver caras nuevas. Sobre todo, ahora, ¿a quién ves? A todos los que están a tu lado, que tienen una media de 80 años. Es durísimo. De cualquier forma es muy duro. La mujer rural ha evolucionado, pero sigue desempeñando muchos papeles. Fíjate, la mujer que tiene animales, o tiene fincas, sigue trabajando en la tierra, además, es la que lleva la casa, la que educa a los hijos, la que lleva todo referente a los colegios... El peso es de la mujer, sigue siendo.” (GE5)

Aun habiendo diferencias en las apreciaciones de cambios en las tareas de las mujeres en el medio rural, seguimos observando la fuerza de los mandatos de género (Lagarde, 1996), marcando las pautas de división del trabajo entre hombres y mujeres, y orientando las expectativas de los miembros del grupo social hacia los papeles generizados (Bem, 1981).

- “Siento que lo que se espera es que sea como mi suegra... Esperan que sea sumisa y calladita, que aguante, que tire, que se ocupe solo de los hijos, del marido y de la buena marcha de todo. El marido es el que haga, que venga y que figure, y que se lleve los honores. En el fondo, esperan que lo hagas todo. Que encima de que seas una buena madre y ama de casa, y si eres capaz de trabajar fuera mejor, y si encima tienes un buen trabajo mejor, y si ganas un buen dinero mejor... Aquí en esta casa, que atiendas bien a los hijos y a la casa, y si además eres lista y tienes una carrera, eso también adorna... ¡Pero que no salgas mucho!” (EM3)

Las amas de casa de mayor edad en el grupo de discusión también manifestaron la reclusión en el hogar como un mandato social para las mujeres, después del matrimonio. Los comportamientos socialmente esperados de las mujeres casadas suponían una ruptura importante con las actividades realizadas en la soltería, principalmente sociales y lúdicas. Estos cambios marcaban diferencias de roles entre las mujeres casadas y

las solteras, estando las primeras mucho más limitadas al contexto, físico y simbólico, de su propio hogar, con el aislamiento de las relaciones sociales.

- “Te casaste, la cagaste. Te casabas y ya no ibas ni al baile, ni al bar, ni a nada. (GA4)
- “Sí algunas veces, se lo digo a mi marido, que llevo ya cuarenta y tantos años en la cárcel.” (GA1)

Hablando de los roles de las mujeres en las familias rurales, una de las entrevistadas comenta una experiencia concreta, realizada en su municipio, de formación de auxiliares de ayuda a domicilio. El servicio de ayuda a domicilio, que es considerado un nuevo yacimiento de empleo, presta apoyo a las personas mayores, principalmente que viven solas, en las tareas domésticas y sanitarias, con el objetivo de facilitarles que sigan viviendo en sus propios hogares con unas condiciones de vida dignas. Este servicio emplea principalmente a mujeres, por la proximidad con los papeles tradicionales de género, en el que las mujeres se ocupan de lo doméstico. Sin embargo, aun siendo acordes con las tipificaciones de género culturalmente reproducidas, son las mujeres de la propia familia las que tienen que ejercer ese papel, y el servicio de ayuda a domicilio en muchos pueblos, principalmente para los hombres mayores, es considerado una transgresión de los papeles tradicionales. El que venga una mujer que no sea de la familia a hacer ese trabajo, de forma profesional, es, en cierta medida, rechazado, y solo se acepta cuando no hay una mujer de la familia próxima que lo pueda realizar.

- “En la Pernía hicieron un curso de ‘Ayuda a domicilio’ para empezar a formar auxiliares. Empezaron a hacer prácticas, y todo el mundo estaba alucinado, porque eso de que entre alguien en casa para atender a un anciano, **que no sea su hija o su nuera...**” (EM3)

Así, el trabajo de la mujer no se limita al cuidado de su casa y de sus hijos e hijas, sino que también le corresponde el cuidado a las personas mayores de su familia y de la familia del marido, además de la ayuda en las labores agrarias. Las mujeres siguen siendo responsabilizadas de las

labores en el ámbito doméstico. Algunas mujeres, principalmente las emprendedoras, precisamente porque asumen diferentes papeles dentro de la familia y del campo laboral, perciben con mayor fuerza la presión de la sociedad local para intentar perpetuar los modelos de hombre y mujer tradicionales, que están culturalmente vinculados a los mandatos de género.

- “Volvemos a lo del control social. Por ejemplo, se espera que una mujer haga una serie de cosas y del hombre no: que se ocupe de las tareas de la casa, de los hijos, de las personas mayores... eso sigue siendo así, y de un hombre no se espera eso. En mi familia, mi padre acaba de jubilarse y mi madre, y mi suegra... ellas siguen llevando el peso de la casa y todos lo ven normal, ellos de eso no hacen nada. Yo, de la mayoría de la gente joven que conozco, sigue siendo así. Nosotras somos las que tiramos de la casa y de los niños, eso sigue siendo normal y es lo que se espera, no cambia” (EM3)
- “A la gente mayor le choca la poca vida que ellos ven de mí. Este fin de semana he oído comentarios al respecto, que siempre estoy haciendo cosas en la calle, de acá para allá. Ellos no están acostumbrados a ver a una mujer así. Pocas veces se ve a las mujeres fuera de la casa, y que no estén en la huerta o haciendo las compras.” (GE2)

Existe una percepción mayoritaria de **importantes diferencias** entre las mujeres de los pueblos y las mujeres de las ciudades. Las participantes destacan una evolución en la situación de las mujeres rurales, aunque se enfatizan las desventajas que todavía viven las mujeres del medio rural con relación a las mujeres urbanas. No se observan diferencias significativas entre los discursos de las emprendedoras, de las amas de casa o de las estudiantes, sobre las mujeres rurales. Las diferencias expresadas reflejan más las experiencias vividas con el tiempo, por la edad y las cargas familiares, que las experiencias de inserción laboral en el contexto. Hay un discurso muy generalizado en estos temas.

- “No sé, aquí se espera que la mujer sea una persona que no se meta con nadie, que no cree problemas, que está en su casa,

con su familia, aunque trabaje o haga lo que quiera, que no meta bulla. En la ciudad da más igual, a lo mejor es porque hay más mujeres. Puede ser un poco lo mismo, pero no tan intenso.” (GE3)

Se observa en los discursos de las entrevistadas, que las mujeres que viven en los pueblos son representadas como más determinadas por los papeles tradicionales de género, limitadas a las tareas domésticas y de crianza, con menos alternativas que las mujeres de las ciudades para desempeñar otros papeles. Al referirse a la actualidad, la vinculación con las labores agrarias pierde algo de fuerza, por el claro retroceso del sector agrario en la zona, a partir del cual el papel de las mujeres queda limitado a lo doméstico, y algunas de las participantes incluyen las labores agrarias, exclusivamente, como extensiones de lo doméstico. Es destacable que al referirse a la vida de las mujeres en las ciudades, las representaciones están más marcadas por la imagen de igualdad entre hombres y mujeres y por el desempeño de papeles diferentes de los domésticos, abarcando, de forma especial, las relaciones sociales. Se percibe una fuerte idealización de lo urbano, y en la realidad cotidiana, la mujer sigue estando discriminada y sometida a las relaciones asimétricas de género.

- “Tienen que seguir cambiando muchas cosas, que en todas partes se considere a la mujer de la misma manera. Porque, en una ciudad, entre un hombre y una mujer no hay diferencias, pero todavía en el mundo rural sigue habiéndolas. Es algo muy asumido por todos.” (EM4)
- “La vida de las mujeres en los pueblos es más de casa. En la ciudad tienen más cosas que hacer, ver gente, hacer otras clases de actividades, como estudiar... Tienen más medios en una capital que en un pueblo.” (GE4)

En algunas entrevistas aparece implícitamente que las transformaciones en la situación de las mujeres en el medio rural hacia mejores condiciones de vida están condicionadas al abandono de la actividad agraria. Quizás, por la falta de reconocimiento del papel productivo de las mujeres en el sector agrario y por la sobrecarga del trabajo doméstico, que se suma además a la infravaloración social de lo

agrario. Como del trabajo doméstico no parece haber visos de liberarse, las mujeres intentan que, al menos, no se acumule con el agrario.

- “La señora que ha nacido aquí, que ha vivido aquí siempre tiene una vida muy doméstica, muy cerrada en su casa, la familia... Y, sin embargo, me parece que trabaja muchísimo. No se limita solo la vida a la casa, sino al ganado, el huerto, creo que **se hinchan a trabajar y luego la gente joven va buscando otras salidas.**” (EM4)
- “La mujer de antes que nació en el medio rural, hace de todo, sabe todo y trabaja porque siempre va a tener tres gallinas y dos conejos... La mujer con el trabajo en el medio rural, suele ser ese trabajo que no encontrarás nunca en el medio urbano. Si el medio rural o el medio agrario ha salido adelante, ha sido gracias a las mujeres, que **trabajan como auténticas bestias, y todavía las hay así.**” (GE2)

Una cuestión a resaltar es la diversificación de las actividades laborales de las mujeres, que empieza a ser percibida también en el medio rural. La creciente presencia de las mujeres en el sector servicios, especialmente en los nuevos yacimientos de empleo, viene marcando posibilidades de construcción de nuevos papeles sociales, como señalan algunas de las entrevistadas, principalmente entre las emprendedoras.

- “Las mujeres que se dedican a las tareas del campo, agricultura y ganadería, las veo de dos clases: las que lo llevan bien y las que lo llevan mal. Las que las ves, y te da la sensación de que deberían haberse marchado hace mucho tiempo. Pero hay las que lo llevan fenomenal, que todos los días hacen lo mismo y se las ve felices. Y las mujeres que se dedican a **otros tipos de trabajo, que en teoría no tienen nada que ver con la vida en un pueblo, pues creo que lo llevan mejor.**” (EM1)

Se pone de manifiesto la creciente diversidad de actividades laborales en el medio rural, “otros tipos de trabajo”, que parecen reportar, según una de las emprendedoras, más satisfacciones que las actividades

agroganaderas. Las nuevas funciones del medio rural se van plasmando en posibilidades de inserción laboral para las mujeres que quieran seguir viviendo en los pueblos, asociándose a mayores grados de satisfacción personal. El problema del éxodo, para muchas mujeres, está más asociado al estilo de vida y a las posibilidades de desarrollo y satisfacción personal, que al tamaño de la población.

## **2.2. Relaciones comparativas con las mujeres urbanas**

La construcción de una identidad personal satisfactoria es una necesidad básica del ser humano (Ovejero, 2000), el proceso de comparación intergrupala sienta las bases para las valoraciones del grupo de pertenencia a partir de las valoraciones con grupos de referencia culturalmente dominantes. En el caso de las mujeres del medio rural, hay dos grupos dominantes de referencia: los hombres, y las mujeres urbanas. En cuanto a las comparaciones con los hombres, los estereotipos de género organizan el mundo social a partir de la asimetría de género, en el que las mujeres son infravaloradas. Este aspecto lo analizaremos más detenidamente en lo sucesivo, cuando tratemos de la división generizada del trabajo. Pero hay otro colectivo muy importante en la construcción de las referencias de identidad, que son las mujeres urbanas, que participan en la similitud del género, pero por otro lado participan del poder cultural y económico de lo urbano sobre lo rural, propiciando una gran mitificación sobre la vida de las mujeres en las ciudades.

En los procesos de comparación intergrupala, diferentes autores apuntan a que el status influye en las representaciones del grupo de pertenencia y en las representaciones construidas sobre los grupos de referencia (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996; Enríquez *et al.*, 1993; Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996). Parece importante recordar lo que señala Montero (1984), a partir del estudio de la identidad nacional de los venezolanos: un grupo dominado, cultural y económicamente, valora más positivamente elementos simbólicos del grupo dominante, que es elegido como modelo y centro de comparaciones, siendo muchas veces hipervalorado.

- “¡Diosas! No hace tanto tiempo, no hace tanto, las veíamos como yo te digo, como Diosas. (AC2)

- “En la ciudad era diferente, porque las que venían de la ciudad, no es que vivieran mejor, porque vivir mejor no era que trajesen un abrigo de visón, y que no es eso. Pero siempre eran más abiertas que nosotras, nosotras siempre más cobardes, mas retraídas, yo que sé...”(GA4)

Se observan diferencias importantes entre las representaciones construidas sobre las mujeres del propio grupo y las urbanas; mientras las rurales se enmarcan en el ámbito de lo doméstico, las representaciones de las urbanas son construidas en torno a lo público, a las posibilidades laborales y a la vida social, e incluso la estética es la de estar fuera del hogar. Las mujeres urbanas son vistas como más jóvenes, cuidadas, arregladas y maquilladas, mientras las de los pueblos se perciben más envejecidas y abandonadas en los aspectos estéticos.

- “Ahora, a medida que va el tiempo, que las ves venir de la ciudad, pues también dices: oye, fijate, que **están más jóvenes que nosotras**. ¿Por qué? Porque se cuidan más, a nosotras que nos salgan arrugas, que nos salgan... ¿qué nos importa a nosotras? Pero a ellas no, ellas se cuidan más. Cuando viene mi hermana, siempre me deja cachivaches por ahí. ‘Ah, pero ¿no tienes de esto, ni lo otro?’ Por ahí anda rodando – ‘ah, pues mira, date de esta sombra.’ Ella toda arreglada, toda peripuesta... Mi otra hermana (que vive también en el pueblo) y yo, lavadas y a correr. Nosotras más dejadas, menos presumidas, menos... no sé. Porque andamos todas iguales, unas con más y otras con menos, en zapatillas... Pero en la ciudad no, eso es otra cosa, siempre me lo ha parecido.” (AC4)
- "La mujer de una ciudad se sentía más liberada, más realizada, tenía muchas más posibilidades de mejorar, ya no sólo intelectualmente, sino de mejorar en todos los sentidos.” (GA2)
- “No sé, te parecía que vivían mejor que tú, que tenían más, que...” (GA1)

Se puede constatar la importancia de las comparaciones que se han establecido con las mujeres que se marcharon del pueblo, en la

construcción de las identidades de las mujeres que se han quedado. La ciudad se ha forjado en el universo simbólico de las mujeres del medio rural como un espacio de libertad y de desarrollo personal, mientras que en el pueblo prevalece la perspectiva de continuidad con los papeles tradicionales, principalmente para las mujeres. Las mujeres más jóvenes reproducen el mismo discurso de las amas de casa mayores, en el que las mujeres que se queden en los pueblos están destinadas a ser amas de casa y las mujeres que se marchan a la ciudad pueden decidir sobre su futuro.

- “Hay diferencias, porque las mujeres en la ciudad tienen un trabajo más... Es distinto de aquí, porque aquí casi todas son amas de casa o así. Pero allí, hay mucho más trabajo que aquí, y **una mujer se puede situar en cualquier lado.**” (ES3)
- “Y los hombres que marchaban a la ciudad se colocaban bien ellos, unos se casaban con chicas de aquí y otros con chicas de fuera, pero se colocaron muy bien. Los de por aquí, se marcharon casi todos para el País Vasco, y la industria era tremenda y **los sueldos los más grandes de España.** Y entonces, se situaba muy bien la gente y **las mujeres, ya te digo que bueno... mejor que mejor...** Y te daba envidia de la que se marchaba.” (AC4)

Aunque la mitificación de las mujeres urbanas está muy presente en la mayoría de los discursos, principalmente entre las amas de casa y las estudiantes, hemos encontrado un ama de casa y ganadera que construye cierta crítica, procurando romper los espejismos.

- “... los que se iban, muchos han pasado muchísimas fatigas, pero vuelven al pueblo como si vienen de las Américas, y yo en ningún momento he creído que eso era así.” (AC2)

Otro aspecto interesante que aparece en el discurso de las mujeres es una creencia naturalizada de que las mujeres que marchan a la ciudad se van a insertar en el mundo laboral, como dejando claro de antemano en los acuerdos con los hombres y con los familiares, el papel que quieren asumir.

- “En una ciudad, porque esperan que haya más trabajo, o porque van con la mentalidad muy clara de que van a trabajar, está como más establecido que van a trabajar los dos. No sé si dentro de la casa comparten, o no, creo que siguen compartiendo poco, pero tienen más claro que hay que buscar a alguien que te eche una mano con el cuidado de los niños, de la casa o de los abuelos...” (EM3)
- “Antes se marchaba a la ciudad a servir, ahora es a trabajar...” (GA4)

Realizando un análisis comparativo entre los tres grupos de mujeres participantes, podemos observar que las representaciones son muy homogéneas. Las diferencias percibidas están relacionadas más con la procedencia de las entrevistadas y con las edades. Las estudiantes reproducen el discurso que podría ser de sus madres y que es muy acorde con el de las amas de casa, enfatizando más los aspectos de posibilidades laborales para las mujeres en las ciudades, en cierta medida, justificando su propia opción de marcharse en el futuro, como veremos más adelante. Las amas de casa, principalmente las mayores, hablan más desde la perspectiva personal de las vivencias de interacción y comparación con las mujeres de las ciudades, que han experimentado a lo largo de sus vidas. Las limitaciones que han vivido para liberarse de los roles tradicionales parecen influir en una mayor idealización de las mujeres urbanas.

Se percibe claramente la idealización de los contextos urbanos, asociados a la igualdad entre hombres y mujeres. Nuevamente, aparecen las representaciones asociadas a las actividades, al poder, al dinamismo y la riqueza de lo urbano, que permitirían a las mujeres participar en condiciones más igualitarias del mundo social y laboral. Mientras las mujeres rurales están ancladas en lo doméstico, las mujeres urbanas son vinculadas a los contextos profesionales y son hipervaloradas como más jóvenes, activas e independientes. Las críticas propias a esa idealización excesiva del grupo de referencia son casi inexistentes, al contrario, se buscan las justificaciones para reforzarlas. Se aprecian, en general, más oportunidades de desarrollo personal y profesional para las mujeres en las ciudades que en el medio rural, donde se perciben más obstáculos a la igualdad entre mujeres y hombres. Sin embargo, también debemos resaltar

que, mientras en las entrevistas individuales algunas amas de casa expresan más abiertamente la idealización de lo urbano, en el grupo de discusión de amas de casa se percibe la presión del grupo, y observamos cómo se refuerzan mutuamente en la “elección” de quedarse en el pueblo, aumentando la valorización personal, aun después de que todas expresaron el deseo de haberse marchado a la ciudad.

- “Mejor vida, yo creo, que nos damos en los pueblos pequeños. Estamos ya aclimatadas a esto... Y los que vienen de afuera, dos meses o uno, y no les mandes quedarse ya más.” (GA3)

Comprendiendo mejor el proceso de construcción de las identidades sociales de las mujeres rurales, es de entender que se movilicen estrategias de cambio que favorezcan identidades sociales más satisfactorias. En este sentido, la perspectiva que apuntan las mujeres para cambiar las condiciones de pertenencia a un grupo social infravalorado, es la migración a las ciudades. Es la forma más sencilla de pertenecer a un grupo socialmente bien valorado y dominante cultural y económicamente.

A continuación, profundizamos en los papeles sociales de género y en el reparto de las tareas dentro y fuera del hogar. Hemos visto que las representaciones de las mujeres rurales están muy marcadas por la vinculación a lo doméstico y a la subordinación a los varones, con fuerte presión de los mandatos y estereotipos de género, limitando la plena integración social de las mujeres rurales. Por otro lado, hay testimonios interesantes de ruptura con estos mandatos y la implicación en la transformación de los papeles sociales tipificados como masculinos y femeninos. Investigamos en ese reparto de roles y en las experiencias de las mujeres en diferentes funciones dentro de la sociedad rural.

### **2.3. División generizada del trabajo: trabajo doméstico *versus* trabajo remunerado**

El análisis realizado por Harding (1996) sobre la estructura social de género pone de manifiesto que una forma de organización de la

actividad productiva, visible e invisible, de una sociedad, está fundamentada en la división del trabajo en función de los atributos de género. Esta realidad aparece marcadamente en los discursos de las mujeres entrevistadas, definiendo roles y funciones sociales cotidianas que se basan en un reparto de tareas a partir de la asimetría de género. El género es una categoría simbólica que organiza la vida social y productiva, atribuyendo significados dualistas de masculino y femenino a todos los aspectos de la vida cotidiana. Este simbolismo de género implica valoraciones asimétricas a lo que se significa como masculino o femenino. Históricamente, nuestra cultura se ha construido valorando lo que se asocia a lo masculino: la razón, la inteligencia, la fuerza, la vida pública, el trabajo, el dinero...; y minusvalorando, o despreciando, lo que se ha asociado a lo femenino: la afectividad, la sensibilidad, la debilidad, lo doméstico... El simbolismo de género también ha fundamentado lo que Harding (1996) define como estructura de género, en el que la actividad productiva se organiza a partir de una división del trabajo entre hombres y mujeres. Los hombres han asumido los espacios públicos de producción material y simbólica, acaparando el reconocimiento social a las actividades consideradas propias del género masculino, mientras a las mujeres se le han adjudicado, y ellas han asumido, las tareas referentes a lo privado, a lo doméstico y al cuidado de los demás, actividades marcadas por la invisibilidad en los ámbitos públicos y carentes de reconocimiento social y económico.

“A pesar de la importancia del ámbito doméstico, sin el cual sería imposible el mismo ámbito público, las tareas domésticas no son socialmente valoradas. No hay simetría de poder y de reconocimiento entre las dos esferas. En las sociedades industriales sólo es reconocido como trabajo el que recibe remuneración. El trabajo remunerado concede un margen de autoridad, autonomía y reconocimiento social a quien lo realiza. Además, la asimetría de los dos ámbitos se refleja en que las decisiones (políticas, económicas, culturales) tomadas en el ámbito público suelen afectar al ámbito doméstico o privado. La inversa no puede cumplirse” (Carranza y Puleo, 2002, p. 17).

En el análisis de los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina, vemos cómo el simbolismo y la estructura de género están marcando la construcción de las identidades sociales de las mujeres

rurales. En gran medida, las mujeres asocian el reparto de tareas, propio de las estructuras asimétricas de género, a las representaciones del medio rural, como si las desigualdades y la dominación masculina fuesen características propias de lo rural, construyendo una idealización de lo urbano como una sociedad de igualdad entre hombres y mujeres; sin considerar que en todas las sociedades se han construido relaciones jerarquizadas entre hombres y mujeres, y que las mujeres urbanas están igualmente sujetas a las discriminaciones del dominio masculino. Analizamos el reparto de tareas y la división sexual del trabajo desde la perspectiva de nuestras narradoras y las relaciones que se establecen en la vida cotidiana de amas de casa, estudiantes y emprendedoras.

### 2.3.1. División sexual del trabajo agrario

Podemos observar por el discurso, principalmente de las amas de casa, la descripción que hacen de los diferentes papeles que desempeñan, predominando las tareas relacionadas con la casa y la familia. El trabajo productivo de éstas en el campo es considerado una extensión de las labores domésticas, corroborándose las conclusiones de estudios anteriores (Sampedro, 1996; Vera y Rivera, 1999).

- “Pero si nosotras no tenemos tiempo (de ir a cursillos). No apetece porque no tenemos tiempo. Tenemos una familia un poco amplia, entonces,, tienes que atenderlos, lavar, planchar... tendríamos que estar corriendo. El tema de la huerta... pues, te gusta ahora mismo tener unas cosas ahí, las vacas...” (AC2)

En general, el trabajo de las mujeres en las labores agroganaderas dentro de las explotaciones familiares no es asalariado y es considerado complementario al trabajo doméstico. La modernización de la agricultura ha llevado a una división en la estructura de producción agraria, con una diferenciación propia de los modelos modernos de industrialización, en el que se distinguen dos ámbitos: familia y empresa (Sampedro, 1996). Barthez (1982), analizando la agricultura como *relación familiar de*

*producción*, identifica el origen del proceso de desvalorización del trabajo femenino en el ámbito agrario, a partir de la división entre familia y empresa. “Es así como, a partir de este mismo proceso de división, se construye la desvalorización del trabajo de las mujeres en la producción agrícola, consagrándose el rol familiar como su ámbito social específico; en este contexto, el trabajo femenino en la explotación agrícola aparece como no productivo, en la medida en que, por su carácter femenino, procede de la familia y no de la empresa” (Barthez, 1982, p.184).

Así, el trabajo de las mujeres en las explotaciones familiares agrarias es definido como una “ayuda” al trabajo del marido, como podemos observar en diferentes discursos sobre los roles de las mujeres entrevistadas. Identificamos este proceso de acoplamiento de las tareas agrarias al trabajo doméstico, principalmente entre las amas de casa, sea en el discurso de ellas mismas como protagonistas, sea en el discurso de las estudiantes sobre sus madres, o entre las emprendedoras cuando se refieren a otras mujeres vinculadas a la agricultura y ganadería. Aparece la **doble jornada** institucionalizada en la vida cotidiana de las amas de casa rurales, que asumen las labores del campo como parte de sus tareas domésticas, o como una ayuda en las labores consideradas responsabilidad de los hombres, por enmarcarse en el ámbito productivo. Sin embargo, ese papel de ayuda familiar no es esporádico y puntual, sino que es continuado e integrado en las rutinas cotidianas de las mujeres.

- (¿Qué hacías antes de abrir la casa rural?) – “Ayudar al marido. Pues ir a ayudar... a la ordeñadora, la remolacha y lo que hacía falta. Teníamos huerta y fincas...” (EM2)
- “Vamos a llevar las vacas, hacemos el recorrido despacito, y nos empleamos un tiempo. Que podía ser menos tiempo, pero como nos gusta y nos encontramos a gusto en ese tiempo... después nos metemos en nuestras casas. Hacemos nuestras labores, la labor de la casa. Tú sabes que sembramos los huertos y atendemos nuestros hijos... cuando vienen quieren todo hecho... Tenemos nuestros ganados en la cuadra... Que has de dedicar mucho tiempo, **pues el poco tiempo que tienes libre, tienes que dedicarlo ahí.**” ((AC2)

- “El campo es muy esclavo. En la mina trabajaba solo el marido, trabajaban ocho horas y el resto del tiempo... En el campo, es noche y día, todos lo días. Y es el **marido, y todos los de alrededor.**” (GA1)

La consideración de que las labores propias de la ganadería se realizan en el tiempo libre es muy importante para que comprendamos hasta qué punto éstas son concebidas como extensión del trabajo doméstico, en el caso de las mujeres agroganaderas. Queda patente la doble jornada a la que están sometidas las mujeres rurales, que no es solo patrimonio de las mujeres que tienen un trabajo remunerado, muy propio de los contextos urbanos, sino que es una característica institucionalizada del reparto desigual de tareas, propio de las estructuras generizadas. Las mujeres han asumido la participación en las tareas productivas, sin que los hombres hubiesen asumido su parte de responsabilidad en las tareas domésticas, generando una fuerte sobrecarga de trabajo para las mujeres. Éste, que es un fenómeno reciente en los contextos industrializados, con la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo remunerado, sin embargo, es muy antiguo en lo referente a las tareas agrarias, en el que las mujeres han sido siempre las responsables del trabajo doméstico, además de participar en el trabajo del campo.

- “En los pueblos, las mujeres trabajan igual que los hombres. Eso fijo, por lo menos en esta zona, las mujeres trabajan en el campo, igual que los hombres, más luego en casa y los niños. Y en una ciudad, sí, las mujeres tienen trabajo, pero yo no comparo el campo con otro trabajo.” (ES2)
- “Ellos tenían también mucha labor, pero las mujeres tenían lo de fuera y lo de dentro. Las mujeres, tenías que salir al campo y volver y hacer lo de casa. Los domingos, ir a lavar al río para que el lunes tuviese el marido el buzo limpio para ir a trabajar.” (GA5).

Las amas de casa, que también se dedican a las labores agroganaderas, comentan las dificultades para su profesionalización, en un sistema económico y cultural en el que el reconocimiento profesional se da

al trabajo de los hombres, el alta de la mujer en la seguridad social, cuando ha sido posible, suponía un gasto más para la familia, y no era considerado una inversión en el negocio familiar.

- “Estuve dada de alta de soltera y de casada también, y después me dieron de baja a los dos años de casarme, como el marido trabajaba de carpintero... Porque mi marido era autónomo, era el jefe de familia, vamos a poner... y yo, no podía ser ganadera, me dieron de baja y yo estaba trabajando, ya te digo, como lo hago hoy... las vacas y lo demás... y echaron todo abajo. Lo solicitamos, fui a Palencia, lo denegaron... ahora como han visto que tengo muchísimos años pagados me dieron de alta otra vez.” (AC2)
- “Pasaba con muchas mujeres, que llevaban la ganadería y la huerta, pero estaban como amas de casa. ¡Claro que pasaba! ...Un tiempo no te podías poner y después ya sí, pagar como pagaban ellos y dos pagos tan altos en eso... pues... es ni más ni menos por lo que no se han estado puestas (dadas de alta).” (GA1)

Se constata cómo a la hora de legalizar la situación profesional de los trabajadores miembros de la familia, es prioritario que estén los hombres dados de alta en la seguridad social. Cuando por cada miembro dado de alta hay que pagar una cantidad, las familias suelen priorizar que sean los hombres los trabajadores visibles, mientras, como vemos en diferentes discursos, las mujeres desempeñaban igualmente funciones productivas en las explotaciones agrarias, pero invisibles:

- “Había que ir al ganado por la mañana, luego venías y tenías que hacer las labores que te daba tiempo de la casa, y después, dependiendo de la época del año, pues tenías que sembrar, recoger, trillar, todo esto. Y en invierno, pues con la nieve, aprovechabas para dar más vuelta un poco a la casa, para coser ropa que se descosía...” (AC5)
- “El día mío es hacer la labor de casa, lavar, coser, planchar, pasear... Ahora es labor y no es labor, es entretenimiento

también. Pero antes, tenías que ir al campo, la huerta, el ganado, tenías también unos cerdos...” (GA1)

Una de las emprendedoras, titular de una explotación ganadera, nos describe las dificultades para romper con las estructuras de género en la división del trabajo agrario. Se observa el peso de la doble jornada, con el trabajo agrario añadido al trabajo doméstico, y el peso específico de las tareas ligadas a la crianza de los hijos e hijas, como los obstáculos que se crean a la profesionalización de las mujeres. Esta emprendedora, aun siendo legalmente la titular de la explotación, tiene serias dificultades para desempeñar este papel, que es apropiado por los varones de la familia.

- “Mi marido tiene su trabajo, que es veterinario, y estábamos estudiando el tema de las ayudas de la UE y estuvimos viendo cómo nos beneficiaba. Echamos números y parece ser que todo cuadraba para que fuera yo la titular de la ganadería... ¡Pues fui yo!... La pieza clave de la explotación es mi marido. Que yo fuera o dejara de ser la titular, ha sido por conveniencias. Yo me he dejado, pero realmente es su proyecto.” (EM3)

Como podemos observar, el peso de las tipificaciones de género muchas veces impide el desarrollo profesional de las mujeres en el sector agrario, sobre todo cuando intentan un protagonismo profesional, y no asumen las labores del campo sólo como extensión del trabajo doméstico. Los estereotipos de las características de género legitiman la reproducción de roles de género, a partir de características consideradas intrínsecamente femeninas o masculinas. Los hombres son considerados más productivos manejando los tractores, y las mujeres son las mejores cuidando de los niños, con un claro reparto del trabajo que obedece a las estructuras tradicionales de género. Esto lo podemos ver reflejado en otras palabras de la misma ganadera:

- “Yo soy hija, nieta, hermana y mujer de ganaderos... En mi casa yo trabajaba, también antes se curraba más. La instalación que había en mi casa, ahora la heredó mi hermano, la ha mejorado y tampoco ahora se trabaja de la misma manera.

Pero cuando nosotros éramos pequeños, sí, se compatibilizaba más con la agricultura. Mi padre sembraba remolacha, patatas... Yo me pasaba el verano currando y atendiendo a las vacas. Ahora es impensable ir a cuidar las vacas con un palo y con un perro todo el día, ¡es impensable! Y se ordeñaba, por ejemplo, con unas instalaciones que daba mucho trabajo...” (EM3)

Cuando se profesionaliza la agricultura y la ganadería en esta zona, las mujeres son recluidas al ámbito doméstico. En este caso concreto, es el hermano el que hereda la explotación de los padres y el marido y el suegro son los que dirigen y trabajan en la explotación, de la que ella es titular.

### 2.3.2. Valoración del trabajo de las mujeres

Un aspecto importante de la división generizada del trabajo es la valoración atribuida a los trabajos considerados femeninos, que es distinta a la valoración de los trabajos considerados masculinos. En otro sentido, también es muy diferente la valoración que recibe el trabajo de las mujeres, siendo siempre prioritario en las organizaciones familiares el trabajo de los hombres.

- “En estos momentos, aquí yo creo que es más tranquila la vida de la mujer, antes era diferente. Yo lo que he visto en estos pueblos es que la gente joven se cierra mucho, no se comunican. Antes era, campo por la mañana, animales por la tarde y llegar a casa y sentarse, y la mujer lo mismo, más las tareas de la casa. Ahora, la mujer se ocupa de la casa y los niños, menos en la época más dura. Ahora quien trabaja más es el hombre y antes los dos, incluso más la mujer.” (EM6)

En los discursos de algunas mujeres, todavía podemos observar cómo el trabajo de los hombres está más valorado socialmente. Lo que describe antes esta emprendedora (EM6), la mujer se ocupa de la casa, de los niños y de las labores del campo cuando es necesario, pero ella

considera que “quien trabaja más es el hombre”. Está muy extendida la percepción de que las tareas domésticas no son trabajo, y las mujeres manifiestan a través de sus discursos la desigualdad y discriminación femenina en el ámbito laboral (Fernández Villanueva *et al.*, 2003). Utilizando los análisis de Harding (1996) sobre el simbolismo de género, las diferencias de género constituyen un sistema simbólico que actúa como categoría organizadora del mundo social, podemos entender que el trabajo de las mujeres en el ámbito doméstico ha sido culturalmente designado como “las labores” (femenino), sin reconocimiento social, y “el trabajo” ha tenido una valoración social y una remuneración económica, asociado a lo masculino y al trabajo del hombre, fuera de lo doméstico.

- “Cuando nació mi segundo hijo, mi marido se metió en la mina, y **yo seguía sin trabajar** y menos con vacas e hijos, bueno fuera de casa, porque limpiaba la cuadra, llevaba las vacas a pacer...” (EM6)
- “Para las mujeres, yo creo que sigue habiendo pocas ayudas. Es más como amas de casa o cuidar niños y ya está. No creo que tengan muchas salidas. Además, la mayoría de las mujeres, quitando las que trabajan en las fábricas de galletas, que han empezado desde muy niñas, la mayoría son amas de casa... No me gustaría ser ama de casa, yo, por ver a mi madre, a mí la casa se me caería encima. Me gustaría hacer más cosas, aunque **no sea trabajar. ¡Me encantaría trabajar!**” (ES4)
- “Aquí es más tranquilo. Llevan el niño al colegio, bueno, quizás **porque la mayoría de las que conozco tampoco trabajan**. Y te quedas con las amigas tomando algo, te coges el niño del colegio, vas a casa, haces la comida o te planchas tu ropa... No lo sé, están menos estresadas, quizás.” (ES1)

En el medio rural hay una diversificación creciente en los sectores productivos, que deviene de lo que diferentes autores vienen designando como multifuncionalidad del medio rural (Hervieu, 1997; Knickel y Renting, 2000), y que viene determinando diferentes posibilidades de inserción sociolaboral para las mujeres. En el discurso de estudiantes y

emprendedoras están conviviendo las referencias a los aspectos de la vida profesional, y sus perspectivas de inserción en el mercado laboral, con la asunción de los roles de madre y esposa. Es interesante observar el uso de los verbos en condicional, cuando se refieren a las posibilidades de realizar un trabajo remunerado, mientras se asume sin dudas los roles de esposa y madre. Esto indica que lo primero es considerado una opción, y lo segundo un destino.

- “¡Me **encantaría trabajar!** Aunque si tienes hijos y todo, igual un trabajo a tiempo parcial, que no te llevara todo el tiempo...” (ES4)
- “Sí, tengo idea de tener un hijo, pero quería acabar este curso... Mi idea sería compaginarlo todo: yo trabajar, mi marido que siguiera trabajando, y el niño... Yo creo que si te pones a tener un hijo, son los dos o tres primeros años lo que te necesita realmente... Pero creo que el primer año, ni trabajaría. Si tuviera un trabajo fijo o estable, mantenerlo, pero si no estuviera trabajando, es posible que ni lo buscara ese año. Mi marido es algo que dice que es cosa mía. Como soy yo la que...” (ES1)

Observamos cómo mujeres jóvenes asumen la división sexual del trabajo, en el que las tareas de la casa y la crianza de los hijos e hijas son propias de las mujeres, y el trabajo remunerado fuera del hogar es propio de los hombres. En este sentido, van planificando de antemano estrategias para intentar compatibilizar la vida laboral y familiar, considerando, sin embargo, que sus responsabilidades principales están relacionadas con los papeles tradicionales de género. En el imaginario de las mujeres y en la organización práctica de la vida cotidiana, los maridos tienen continuidad en sus rutinas, y las mujeres son las que se adaptan a las nuevas responsabilidades. Se construyen las condiciones materiales de la doble jornada femenina, o el desarrollo profesional queda postergado.

- “Cuando nazca el bebé, **tendré que organizarme mucho**, cosa que no he hecho nunca, nunca he tenido horarios. Ahora tengo que intentar llevar una vida más organizada, un poco normal, comer a unas horas y no ir corriendo a todas partes.

Me va a exigir mucha organización, no sé si yo, como autónoma, lo podré hacer, pero no me quedará más remedio... Pienso que **mi marido, profesionalmente, de horarios no cambiará, tendrá más responsabilidad** y más peso, porque él tiene muy claro su papel de mantener la familia. Él no va a cambiar sus horarios, más cuando piensa que es tan responsable, su cambio va a ser más de cabeza que real. Intentará sacar tiempo para el bebé, imagino, los fines de semana. Si yo tuviera un trabajo más estable, sí me gustaría que fuese más a medias, que cada uno cambiase al 50%, pero tampoco puedo hacerlo. No me siento con fuerza moral de hacerlo, aunque espero no llevar toda la carga, espero que compartamos cosas. Los primeros años, pienso que un bebé dependerá más de mí, simplemente es algo biológico, cada tres horas las comidas, es inevitable que tú estés ahí pegada” (EM4)

Aparecen las diferencias biológicas como discurso de legitimación de la organización desigual del trabajo de crianza, el bebé dependerá más de la madre durante los “primeros años”, por el tiempo de lactancia, que no suele durar más de seis meses. Pero las mujeres utilizan ese discurso para justificar la ausencia del padre en las responsabilidades de cuidados de la prole y evitar así los conflictos. Cuando esta emprendedora (EM4) dice no sentirse con fuerza moral para exigir que se compartan las tareas de la casa y de la crianza, vemos el peso de los mecanismos sociales de **culpabilización** a los que están sometidas las mujeres que asumen papeles distintos a los tradicionales, sintiéndose responsables de compatibilizar familia y profesión. Se puede constatar cómo estas mujeres, al referirse a su inserción profesional, ya parten de la búsqueda de estrategias de compatibilización entre la vida familiar y laboral, mientras eximen a los hombres de las tareas familiares. El tiempo de las mujeres tiene una plasticidad que posibilita, en la vida cotidiana, intentar “compaginarlo todo” (ES1) o “tirar y tirar” (GE3), con un alto coste personal en muchos casos.

- “Creo que va mucho en formas de ser. Yo soy así, que **tiro y tiro de todo**. Que **no me relajo**, sabiendo que los niños están con su padre. **Siempre parece que es cosa mía.**” (GE3)

- “La culpa muchas veces es nuestra, porque lo intentamos hacer todo...” (GE1)
- ”Muchas veces es que ni preguntas si él puede hacer una cosa. Que igual él va a estar en casa y no pasa nada... Pero como crees que no lo va a hacer bien, pues ya lo hago yo. Y es un problema nuestro, y vas cargando y vas cargando, con más y más cosas.” (GE3)

Las mujeres asumen que su tiempo tiene que ser elástico y permitirles realizar todas las tareas, tanto laborales como domésticas, sintiéndose incluso culpables por su incapacidad para poder con todo. Estas mujeres tienen muy interiorizado que las actividades profesionales de los hombres están por encima del reparto de las responsabilidades domésticas. De la misma forma, la vida profesional de ellas está supeditada a las de sus compañeros:

- “Antes de casarme estaba trabajando de auxiliar administrativo en una auto-escuela y me hicieron contrato indefinido. Pero al casarme, como le destinaron para acá, dejé el trabajo y me vine con él. Luego me puse a estudiar el año pasado y estuve trabajando en Gullón, pero tampoco. Por los horarios de mi marido y el mío, pasábamos mucho tiempo que era, hola y adiós y poco más; y lo dejé... ¡Hombre! Mi marido sería feliz si yo estoy todo el día en casa, metida en la cocina y limpiando.” (ES1)
- “Un poco lo de siempre, casa y familia, a la mujer, y el trabajo, al hombre, incluso el salir, sale más el hombre, hace más vida social... Los jóvenes van cambiando mucho. En el medio rural, como las oportunidades de trabajar son más escasas, es la mujer la que se queda sin trabajo.” (EM4)

Un caso muy claro de la priorización del trabajo remunerado para los hombres, y de lo doméstico para las mujeres, y del consenso social que legitima esa división generizada del trabajo, nos la aporta un ama de casa del grupo de discusión:

- “Mi hija estaba trabajando en la fábrica en Aguilar, entonces, cuando hubo los despidos de hace cinco o seis años, le despedían el marido, y se pusieron de acuerdo con la empresa para que despidiesen a ella y se quedase él. (¿Por qué?) Porque, hombre, era más normal que trabajase él y no que se quedase en casa. ¿Qué iban a hacer, trabajar ella y él quedarse en casa? Él igual no encontraba otro trabajo. Y ¿qué iban a hacer?” (GA4)

Como se puede observar, la renuncia a un puesto de trabajo fijo, que hace esta mujer, obedece a una clara prioridad social a la inserción de los hombres en el mercado laboral. Estas familias no conciben la posibilidad de que los hombres asuman las tareas en el ámbito doméstico y las mujeres tengan el papel de trabajadoras remuneradas. El trabajo de las mujeres todavía es considerado una ayuda complementaria a la renta familiar, nunca tiene un valor protagonista.

### 2.3.3. El reparto de las tareas domésticas

La doble jornada laboral de las mujeres es una realidad cotidiana, tanto en las ciudades como en el medio rural. Incluso entre las mujeres agricultoras, que siempre han sido responsables de las tareas de la casa y del cuidado de la prole, además del trabajo agrario. El reparto desigual en las labores domésticas y de cuidado de personas dependientes suele suponer para las mujeres una obligación ineludible, que se suma a las horas de trabajo fuera del hogar, con una gran sobrecarga de roles y de responsabilidades (García Colmenares, Puleo y Carranza, 2002). Las mujeres van incorporándose al mercado laboral, sin embargo, los hombres todavía no asumen en la misma proporción sus responsabilidades en el ámbito doméstico.

- “No es lo mismo sin tener hijos, que teniendo dos hijas. No es lo mismo lo que te planteas al principio del matrimonio, que lo que va resultando después. De lo que dice que se va a enrollar el otro, a lo que realmente se enrolla en casa el otro, que es nada. **Porque las hijas, sólo te pesan a ti, porque al**

**otro le da lo mismo.** No me he puesto con el tractor nuevo, porque no me voy a subir con la niña de un año, colgada y la otra detrás. Y para eso no puedes decir: ¡quédate con la niña que yo voy a hacer prácticas con el tractor! Sí que he tenido ganas y me he subido a ver cómo es el tractor. Pero no vas a quitar a alguien que lo hace y, además lo hace bien, y como estar con las niñas nadie lo hace mejor que yo, y como mi marido en estas situaciones lo único que hace es dejar las niñas a mi suegra... ¡pues ya paso!” (EM3)

- “El hombre trabaja en la fábrica y luego se va a dormir. Pero igual, por ejemplo, ella sale a las dos y va, o a buscar al niño, o a la compra, o va a hacer no sé qué cosa... Es ese tirar. (GE3)
- “Y además, es adelantar trabajo para mañana. Voy a ver si preparo no sé qué, la ropa o no sé qué, a planchar la ropa para mañana, etc.” (GE1)

Las mujeres expresan cómo las tareas del ámbito doméstico, de la casa y el cuidado de la familia, han sido y siguen siendo responsabilidades femeninas. Los estereotipos de género continúan siendo utilizados para legitimar un reparto desigual de las tareas productivas y reproductivas, siendo las tipificaciones de género una atadura para las mujeres a la hora de asumir diferentes papeles sociales, cuando muchos hombres no parecen estar dispuestos a ampliar también sus papeles al ámbito doméstico.

- “En el sentido de trabajar yo, por ser mujer, no veo ningún problema. Ahora, en el sentido de **trabajar yo, por ser madre, pues siempre son muchas responsabilidades.** Aparte, que mis hijos tienen ahora unas edades todavía muy difíciles, un año el pequeño, y la mayor tiene seis años y ya es un poco independiente...” (GE3)

Existe una percepción, cada vez más clara, de la socialización diferencial de hombres y mujeres. Las mujeres han sido educadas para desempeñar los roles referentes al ámbito doméstico, mientras que los hombres son educados para dedicarse a los ámbitos laborales y sociales,

pero además también para despreciar las tareas domésticas y de cuidado de la prole.

- “A los chicos siempre les daban carrera. Era más importante que un hombre fuera a buscar un oficio, pero una mujer, ¿para qué? A los hombres les mandaban a estudiar, bien fuera a Palencia, Barruelo o a Aguilar. Pero a las chicas, a la fábrica o a servir, no había otro sitio.” (AC3)
- “Los que salían a estudiar, chicos. En aquellos tiempos les llevaban a los frailes, por que no podían pagar tampoco una carrera.” (GA1)

Las sociedades, también las rurales, tienen fuertes mecanismos de control y de socialización para que hombres y mujeres se adapten a los roles de género construidos socialmente. La división sexual del trabajo, en la que el ámbito doméstico corresponde a las mujeres y es infravalorado socialmente, aparece reflejada en el discurso de las mujeres entrevistadas, independientemente del grupo al que pertenecen.

- “Es más egoísmo... porque ellos han vivido así en sus casas, lo han vivido con sus padres. Mi marido ha tenido dos hermanos, y él y sus hermanos eran los gallitos. Sabes, las hermanas a fregar, a lavar, y ellos a las fiestas y bien planchados y bien peinados... Ahí estábamos nosotras, que no nos dejaban hacer nada. Si tú querías hacer una cosa, enseguida: ¡cuidado que eres mujer! Y tú a casa a las nueve y con sol. Los chicos a las ocho de la mañana y las chicas a las nueve de la noche y con sol. Entonces, hemos estado muy presas y éramos todas iguales en los pueblos. Y nosotras, dentro de lo que había, estábamos en buena posición, entonces de las que mejor aquí...” (AC4)
- “**Los hombres eran unos patriarcas.** ¿Mis hermanos? Bueno, ellos se iban al pantano, a nadar, todos saben nadar. Ellos, en casa ni hincarla, yo, ni nadar, ni nada... Los hombres trabajaban en lo de ellos, pero en casa les tenías que poner hasta un vaso de agua, lo que sea. **Y todavía...** Si no hago la cama yo, no la hace nadie. Y si no pongo la comida,

no la pone nadie. ¡**Todo las mujeres!** Pero encima, estaba así visto, que consideraban que lo tenías que hacer todo. Y lo veían normal, las mujeres ¡hala! Ibas a la tierra a escarbar y el surco, el mismo que él, y luego cuando venías a casa, ellos no.” (EM2)

Las entrevistadas ponen de manifiesto la socialización de las mujeres en los roles femeninos, vinculados a las labores domésticas, y las limitaciones que se han impuesto a las mujeres en los procesos de educación. Pero muchas, principalmente las emprendedoras, reflejan que la situación no ha cambiado tanto como parece. Los hombres siguen sin responsabilizarse del ámbito doméstico, viéndose éstas sobrecargadas con dobles o triples jornadas de trabajo.

- “No tengo tiempo libre. Me gustaba mucho el tema de las manualidades, la restauración, andar en bici, también ir al pantano en verano a tomar el sol. Pero, como ahora me levanto con mis hijas puestas, desayuno con mis hijas, como con mis hijas, meriendo y ceno con mis hijas... Ni siquiera veo la tele, no puedo ver ni un telediario, porque me siento con ellas y no me apetece nada que vean esas cosas...” (EM3)
- “Soy consciente de que, en muchos aspectos, sí hay más dificultades para que las mujeres entren en el mundo del trabajo en esta zona, en el mundo rural, porque, además de por educación, la mayoría de las mujeres tienen niños o están casadas, y las impide mucho tomar la decisión de trabajar.” (GE5)

Los hijos e hijas son un obstáculo a la inserción laboral sólo para las mujeres, que tradicionalmente se han responsabilizado de su cuidado y educación, siendo difícil, hoy en día, que los hombres asuman igualmente estas responsabilidades. Las emprendedoras procedentes de las ciudades también ponen de manifiesto que, en las ciudades, el papel social de las mujeres no es muy diferente al de las mujeres que siempre han vivido en los pueblos. El reparto de las tareas domésticas sigue siendo desigual, y la

educación de las mujeres en las ciudades también las socializa para los roles tradicionales de esposa y madre.

- “Yo lo he visto en mi casa, en mi casa éramos nosotras las que recogíamos la mesa, a mi hermano nunca se le exigía nada, aunque nosotras hemos podido luchar más, porque no era justo. Pero los padres, por lo menos en mi casa, nos han educado en el machismo, en que las chicas tienen que ir por allí y los chicos por allá.” (EM5)

Un aspecto interesante a resaltar, es la **naturalización** (Moscovici, 1976; Jodelet, 1986) en los discursos sobre la adjudicación de los papeles de género. Hay una fuerte representación, muy acorde con los estereotipos tradicionales de género, que, habiendo hombres en la casa a las mujeres no les corresponde desempeñar un trabajo remunerado, o éste no es necesario, sino una opción. Al mismo tiempo, en muchos hogares se da por hecho (esta representación es todavía más fuerte) que, habiendo mujeres en la casa, a los hombres no les corresponde realizar las tareas domésticas y de cuidados.

- “Era la única que se quedaba ya, porque mis hermanas habían marchado todas y **los hermanos no era cosa de que se quedasen ahí con mi madre, era una hija... teniendo hija... Y me casé en Cervera, encima contentos, ya no me movía de aquí.**” (AC6)
- “Y en aquellos tiempos, los hombres, las tareas de la casa no las hacían. **Como no fuese alguien que no tuviera una mujer...** Las tareas de la casa, se suponía que eran de una mujer...” (AC5)

Las mujeres muestran cambios en los discursos sobre el reparto de las tareas domésticas, y los hombres empiezan a asumir funciones dentro del ámbito doméstico. Sin embargo, en ningún momento se habla de un reparto igualitario entre hombres y mujeres; aún hoy en día, el reparto es desigual, y la sobrecarga, y sobre todo la responsabilidad, recae en las mujeres. El trabajo de los hombres en el ámbito doméstico, en muchos discursos aparece como una “ayuda” a la mujer, que sigue siendo considerada la responsable de estas tareas.

- “Mi padre y mi hermano no sabían hacer nada, pero mira si han cambiado las cosas (con la muerte de la madre), **ahora mi hermano hace de todo en la casa...** Mi padre no sabía nada porque estábamos mi madre y yo, pero ahora hace la lumbre, limpia todo, friega, hace camas, lo comparten. **Ahora han aprendido.**” (AC3)
- “Abandonando la casa mucho, en verano, ni te cuento. Los fines de semana mi casa un caos, todo revuelto, te olvidas de la casa. Mis hijos friegan, recogen el comedor, los tengo bien educados, su habitación es de ellos, yo les lavo y les plancho la ropa, lo demás es de ellos, **me ayudan, no me puedo quejar.**” (EM6)
- “El trabajo del hombre siempre vale más que el de la mujer. Ellos friegan un día los platos y ya tienen para toda la semana. Han hecho muchísimo...” (GE4)

Una de las anécdotas, contada por una emprendedora ganadera, nos muestra cómo, desde la infancia, las discriminaciones por motivos de género sirven a los hombres para adquirir o mantener privilegios a partir de relaciones asimétricas, fundamentadas en el simbolismo de género (Harding, 1996). No es sólo una cuestión de reproducción de patrones considerados naturales, sino también **estrategias de poder** en las relaciones entre hombres y mujeres (Cabruja, 1996; Foucault, 1999), que convierte una visión masculina estereotipada, en una verdad universal naturalizada:

- “Mi hija tiene un tractor de juguete pequeñín que nos regalaron cuando compramos el grande. Y cuando vinieron sus primos y andaban turnándose, como su primo no quería respetar el turno de ella, uno de los argumentos fue: ‘¡Eh!, tú, ve a jugar con la bici o con el cochecito -aquél (el de la muñeca), porque las niñas, además, no se montan en los tractores’. Ella se quedó callada...” (EM3)

Según Harding (1996), la “visión fundada en las actividades de los hombres es, a la vez, parcial y perversa; ‘perversa’ porque invierte de forma sistemática el orden de las cosas: sustituye la realidad concreta por lo abstracto... Es más, la visión del hombre no sólo es falsa, porque el grupo dirigente puede hacer que su visión falsa se convierta aparentemente en verdadera” (p. 130). Lo que un grupo considera verdad, se va construyendo en las relaciones sociales e institucionalizándose a partir de la asimetría de género, que transforma las relaciones de poder en actividades “adecuadas por naturaleza” a un sexo u otro, estando las actividades asignadas a las mujeres carentes de valorización social. “El conjunto de restricciones legales y sociales impuesto a la participación de las mujeres en la vida pública hace que sus actividades características parezcan, tanto a los hombres como a las mujeres, simplemente naturales, simple continuación de las actividades de las termitas o simios hembras (como lo considerarían los sociobiólogos) y, por lo tanto, objetos apropiados para las manipulaciones de los hombres de lo que perciben como natural” (Harding, 1996, p. 131).

Una de las amas de casa, que actualmente es Concejala en el municipio donde reside, destaca que las transformaciones en el papel de las mujeres y la participación en actividades fuera del ámbito doméstico, reorganiza las relaciones de poder entre hombres y mujeres, disminuyendo la dominación masculina.

- “Con los maridos también ha cambiado, porque te encuentras más apoyada. Como la vida te va abriendo caminos, te parece que no, pero te encuentras más arropada, ya por las hijas, tus sobrinas o tus amistades, te vas encontrando... Ahora, para mi marido, peor, para mí, mejor. El progreso ha sido más para mí que para él, porque **el poder que has ido ganando tú, lo ha ido perdiendo él**. Pero también, **¿por qué iba a tenerlo todo una persona?** En una casa, no es que mande más el marido o menos la mujer, no es que yo tenga más mando o menos mando. **Es que sepamos respetarnos, que lo que yo hago tiene un valor, y lo que tú haces tiene su valor.**” (AC4)

Podemos concluir, que las identidades de las mujeres y su inserción social están muy marcadas por las responsabilidades en el ámbito doméstico, que se les adjudican desde tiempos históricos. Estamos ante lo que denominamos “identidades encontradas” (Camps, 1998; García Colmenares, 2000), en las que los roles sociales y productivos están distribuidos por género. Salir de estas tipificaciones y construir “identidades elegidas” supone para las mujeres romper esquemas y, en muchos casos, chocarse con los mecanismos de control social que se establecen en las familias y en los pueblos, como ha sido puesto de manifiesto, principalmente por las emprendedoras. Algunas mujeres se van transformando en **modelos transgresores** para los estereotipos de género tradicionales, asumiendo papeles tradicionalmente masculinos y luchando para que los hombres asuman cada vez más papeles en el ámbito doméstico. También así, se van abriendo caminos de participación e integración de las mujeres en todos los ámbitos de la vida cotidiana, social y profesional.

- “Hay más libertad para las mujeres, por ejemplo, yo tengo un coche a la puerta de casa y hago más o menos lo que quiero, dentro de un orden, porque claro, voy con las niñas... Pero tienen que cambiar todavía muchas (cosas). Por ejemplo, me he enterado este verano que hay hijas de ganaderos, de 18 – 20 años, que andan manejando rotoempacadoras. Pero hace falta que se acostumbren a eso, porque total, seguro que sus hermanos lo han hecho con 17 y 15 años y a nadie le pareció raro. ¡Es una lucha!” (EM3)

Se construyen nuevos modelos para las mujeres, que amplían sus expectativas hacia todos los ámbitos de la vida productiva y privada. También en el medio rural, muchas mujeres están rompiendo los estereotipos tradicionales y abriendo posibilidades de integración profesional y social, como lo apuntan en diferentes entrevistas.

#### **2.4. La percepción del papel de la Iglesia en la discriminación de las mujeres**

El género es una construcción social, en el que los hombres y mujeres forman parte de un universo simbólico de características y roles

diferenciados. El grupo social delimita los atributos y papeles considerados propios de cada sexo, que conlleva a una organización de las estructuras sociales con el reparto de tareas y funciones específicas entre los miembros del grupo adscritos a cada género (Nicolson, 1996). En cada sociedad, las Instituciones tienen un papel fundamental en la socialización de sus miembros y en el mantenimiento de los repartos de poder. La Iglesia Católica es una Institución poderosa en la sociedad española, que lo ha sido todavía más en tiempos pasados y tiene una organización y unos valores marcadamente masculinos.

Dos de las mujeres entrevistadas, un ama de casa y una emprendedora, hicieron referencia al papel de la Iglesia Católica en la discriminación de las mujeres. Aunque muy brevemente, no queremos dejar de reflejar la importancia que tuvo, y tiene, esta institución en el mantenimiento de los papeles tradicionales de género, anclando las mujeres en el ámbito doméstico y en las funciones de madre y esposa. Históricamente, la Iglesia ha culpabilizado a las mujeres cuando intentaban no someterse a los cánones patriarcales, reforzando visiblemente el control social sobre éstas y el poder de los hombres. El simbolismo de género (Harding, 1996) está presente, tanto en los modelos masculinos, encarnados en los sacerdotes, como en los valores y modelos femeninos, transmitidos a través de los discursos de éstos. Consideramos el discurso en términos foucaultianos (Foucault, 1979, 1987 y 1999), que implica no sólo el lenguaje verbal, sino las representaciones y acciones humanas: las prácticas sociales.

- “La mujer se ha liberado bastante en ciertas cosas, sobre todo, por ejemplo, en temas de religión. Ha cambiado tanto, que los pobres curas se van a quedar sin clientes.” (EM3)
  
- “Los curas, antes, también hacían mucho daño a la mujer. Y cuando venían los misioneros, todo en contra nuestra... O sea, que era una, otra y otra... Así que muchas veces decimos de que los **nervios y depresiones**, pero lo trae mucho lo que ha habido atrás.” (AC4)

El papel de la Iglesia en la reproducción de los estereotipos de género y la división sexual del trabajo, es percibido por las mujeres como muy importante, y los curas y misioneros refuerzan el poder de los varones y la sumisión de las mujeres. Observamos la alusión a los problemas de salud, que vienen siendo asociados a las mujeres en mayor medida que a los hombres. Estudios epidemiológicos confirman que la mayoría de los cuadros de neurosis, se dan entre las mujeres, con una mayor incidencia de depresiones entre el colectivo de amas de casa (Carranza y Puleo, 2002). “No es extraño que, las mujeres que realizan trabajo remunerado, se depriman menos que las mujeres que se dedican exclusivamente al trabajo doméstico, porque el trabajo, como sinónimo de empleo remunerado, es beneficioso en cuanto a la reportación económica, el ambiente que lleva asociado generalmente, la estructuración del tiempo que supone –las amas de casa suelen percibir su tiempo como una sucesión lineal, sin cortes-, la realización y valoración personal, el contacto con otras personas...” (Carranza y Puleo, 2002, p.32).

Las estructuras institucionales, como la Iglesia, al perpetuar los papeles tradicionales de género, también favorecen el funcionamiento del sistema económico y la construcción de parámetros de división del trabajo, fundamentados en el simbolismo de género, en el que las mujeres están todavía atadas, por lastres culturales y estructurales, al ámbito doméstico, del que son las máximas responsables y excluidas del ámbito público, que es socialmente considerado responsabilidad de los varones.

- “Que te tenían a menos. Eso de la mujer sobresalirse un poco, no lo veían bien ellos, no les gustaba. Entonces, al no gustarles, ellos te tiraban para atrás un poco. Y cuando yo entré en el ayuntamiento, que si te va a doler la cabeza, que si vas a coger enemistades... ¿Por qué tengo yo que coger enemistades?... Que no, hombre, que no... y mi marido me desanimaba mucho.” (AC4)

Se pone de manifiesto la percepción de los intentos de mantener la invisibilidad de las mujeres en los pueblos, considerando que son inevitables los cambios en la situación de las mujeres, pero intentando mantener y reforzar los papeles tradicionales. Se convive con la

incorporación de las mujeres a la vida pública, pero que sigan respondiendo en la vida privada como antes, y que no sea muy visible su inserción en lo público. Un doble papel, con una doble moral. Tenemos muy claro, sin embargo, que esta realidad no es exclusiva del medio rural, aunque pueda ser más visible en este entorno.

### 3. EXPLICACIONES DE LAS MUJERES AL ÉXODO RURAL FEMENINO

Para intentar comprender mejor el proceso de éxodo femenino que se ha vivido en los territorios rurales, hemos indagado sobre las posibles motivaciones de las mujeres que se marcharon y las explicaciones construidas por nuestras participantes para este proceso. Procuramos establecer posibles relaciones entre la huida del medio rural y el “voto con los pies”, como expresa Whatmore (1991), en contra de una situación de mayor explotación de las mujeres en el medio rural, con la sobrecarga de la doble jornada, del trabajo agrario invisible, del mayor control social y del peso de los papeles tradicionales de género. Las respuestas de las mujeres establecen una clara vinculación entre el deseo de cambiar de roles, más que por cuestiones económicas, por abrir posibilidades de desarrollo personal y profesional para las mujeres del medio rural, provenientes de un entorno percibido como mucho más opresivo en las relaciones de género y vinculado a la imagen del “trabajo duro”. Al preguntarles: ¿Por qué crees que marcharon más mujeres que hombres de los pueblos?, obtuvimos, entre otras, las siguientes respuestas:

- “Porque **vivían mejor los hombres que las mujeres**. En los pueblos, siempre había bares, partidas y tertulias y cenas y solo iban hombres, ni una mujer. Pero, entonces, las mujeres decían: ¿pero yo no valgo más que para estar haciendo calcetines? ¡pues me largo a ver que pasa! Todas las mejoras eran para los hombres. Porque mi marido ya salía a echar la partida y ya cenaban en el bar, o se iban entre amigos fuera, o